en la casa de un tapicero, para aprender, durante mis ratos de descanso, á hacer muebles de diversas especies. De vuelta á mi pueblo, añadí esta industria á la de violinista y ganê en poco tiempo mas dinero del que necesitaba para vivir. Pero mis padres habian sufrido pérdidas y se iban envejeciendo; muy pronto llegó el caso de que no pudieran sostenerse por su trabajo y recurrieran á mí. Fué este dia uno de los mas alegres de mi vida; yo, pobre muchacho ciego, que debia servir de carga á mi familia, habia venido á ser á fuerza de valor, su apoyo! Me convencí entonces de la felicidad que trae un gran deber cumplido.

En el entretanto no disminuian ni mis esfuerzos ni mis ensayos. Compré algunos cornemusas irlandeses, ya inservibles, con el objeto de perfeccionarlos. Despues de mucho trabajo, conseguí descubrir el mecanismo, y á vuelta de nueve meses, habia fabricado uno de mi invencion, que tuvo un éxito satisfactorio.

Habia en la poblacion de mi residencia un relojero que gustaba mucho de la música, y que siempre la habia querido aprender. Me propuso que le diera lecciones de cornemusa, en lo que consentí á condicion de que hiciéramos un cambio de nuestros conocimientos y de que él me enseñaria su profesion. De este modo me encontré capaz de sostener á mi familia por varias industrias que ejercía alternativamente y á proporcion que en ello encontraba mayor ventaja. Hácia esta época fué cuando tuve la desgracia de perder á mi padre; mi madre lo siguió muy pronto. No queriendo habitar mi pueblo, que me recordaba una pérdida tan dolorosa, vine á Armagh, en donde me casé y en donde vivo hace ya muchos años, feliz y al abrigo de la miseria. Lo que le pido á Dios ahora, es la salud, porque en cuanto á la fortuna, me ha dado una inagotable, concediéndome la perseverancia y el amor al trabajo.

---

§ VII.

Valor.

El hombre de bien lleva el valor consigo por todas partes; al combate, contra el enemigo, á un círculo en favor de los ausentes, á su cama contra los ataques del dolor y de la muerte. Puede burlarse la fortuna de la prudencia de los hombres virtuosos; pero no está en su mano hacer que se doblegue su valor. El hombre valiente espera el peligro con serenidad; no se espone á él sino cuando el honor y el deber se lo exigen; pero una vez que se halla en pugna con él, nada le detiene.

Superior á todos los acontecimientos, parece que habiéndolos previsto, los domina á todos igualmente. Nunca la cólera ha alterado la serenidad de su rostro: nunca el orgullo imprimió en él la altanería, ni nunca el abatimiento pintó en él su debilidad.

La intrepidez es una fuerza estraordinaria del alma que la hace sobreponerse á las turbaciones, los desórdenes y á las emosiones que la vista de los grandes peligros podia excitar en ella; y por esta fuerza los héroes se mantienen en un estado tranquilo y conservan el libre uso de su razon en los accidentes mas terribles.

La debilidad no es el vicio, pero conduce á él. El hombre perverso ejecuta el mal, el hombre débil permite que lo hagan. (Varios autores.)

LA VACQUERIA.

Luis XI habia mandado al parlamento registrar unos edictos por los cuales establecía contribuciones tan onerosas como injustas. Juan de la Vacqueria, primer presidente del parlamento, manifestó en esta

ocasion un valor tanto mas notable, cuanto que Luis XI, aquel feroz tirano, no toleraba resistencia á sus órdenes. Se presentó al rey al frente de sus compañeros y le dijo con una respetuosa firmeza: Señor, venimos á hacer dimision de nuestros empleos en vuestras manos y á sufrir todo lo que querais antes que proceder contra nuestra conciencia. Luis XI revocó los edictos.

DESGENETES.

El ejército francés en Siria, bajo el mando del general Bonaparte, fué atacado de la peste. Muy pronto llenaron los enfermos los hospitales, y lo que era mas peligroso que la enfermedad misma, fué, que como se le creia contagiosa, los que eran atacados de ella y aun los que se sospechaba que estuviesen amenazados, se convertian en un objeto de espanto, se huia lejos de ellos y quedaban espuestos á perecer sin auxilios. El ejército entero, temiendo el contagio, estaba poseido de un profundo abatimiento.

El ilustre Desgenetes, primer médico del ejército, persuadido de que la enfermedad no era contagiosa, sino para los que la temian, pretendió hacer pasar su conviccion al ánimo de los soldados. Un dia que el general, con una numerosa comitiva, hacia una visita á los apestados de Jaffa, Desgenetes se acerca á uno de los enfermos y abre con su lanceta una de las postemas pestilenciales; en seguida se hace él mismo una leve herida en un brazo é inocula en ella el veneno que acababa de recoger. Deveras, dijo, si es contagiosa la peste, la tendré yo; y ya vereis como no la tengo. Fué despues á enseñarles á los soldados de los diferentes cuerpos su brazo en que habia infiltrado el virus.

Este admirable rasgo, produjo una inmensa sensacion; ya no se temió acercarse á los apestados, ni cuidarlos, ni servirlos; ya no se temió el contagio; y como se vió que Desgenetes seguia siempre con una excelente salud, los ánimos abatidos recobraron su alegría y entusiasmo, con lo cual el aspecto del ejército cambió enteramente. Los soldados á quienes el mal no habia pegado, dejaron de temerlo; los que estaban enfermos fueron asistidos, y muchos sanaron.

CRILLON Y SULLY.

En el sitio de Carbonero, ciudad de Saboya, Crillon mandaba la infantería, y Sully, recientemente nombrado gran maestre de la artillería, atacaba la plaza. Crillon, que llevaba la audacia hasta la temeridad, viendo á Sully que trataba de reconocer un ravelin, [obra de fortificacion] se adelantó hácia él, y viendo que importunado por el fuego de los enemigos, Sully se iba á retirar y esparar la caida del dia para acabar de hacer sus observaciones, lo detuvo y le dijo en un tono irónico: ¡Qué, señor gran maestre de la artillería! ¿temeis las arcabuzadas estando en compañía de Crillon? Puesto que estoy yo aquí, los enemigos no se atreverán á aproximarse. Vamos hasta esos árboles que veo á doscientos pasos de aquí; desde allí reconocereis con mas facilidad vuestro ravelin. Por muy valiente que fuese Sully no le podia agradar aquella temeraria proposicion; pero comprendió lo que de él exigian las circunstancias en que se encontraba y principalmente su nuevo nombramiento que le sucitaba muchos envidiosos. Hizo ver entonces á Crillon que el hombre cuyo valor está habitualmente arreglado por la prudencia, sabe tambien, cuando se presenta la ocasion, igualar en atrevimiento á los mas temerarios. Vamos, contestó, puesto que lo quereis, hagamos por demostrar quién de los dos es el mas loco, y tomando á Crillon por la mano lo condujo, á paso lento, mucho mas allá de los árboles.

Los sitiados, descubriendo de lleno á los dos generales, hacian sobre ellos un fuego terrible. Oyendo Crillon silvar las balas cerca de su cabeza, se detuvo. Por lo que veo, dijo riendo, estas gentes no respetan ni el baston del gran maestre ni el del coronel general. Vamos, volvámonos, conozco que sois un valiente y digno de ser gran maestre: quiero toda mi vida ser vuestro amigo; contad con Crillon hasta la muerte.

DE ARGENSON.

El célebre de Argenson, á quien debe Paris la organizacion de la policía, era un intrépido magistrado. Habiendo sido excesiva la carestía en los años de 1709 y 1710, el pueblo, injusto porque sufria, acusaba de sus males á de Argenson, que sin embargo hacia cuanto podia para prevenirlos y aliviarlos. Hubo algunos alborotos que no hubiera sido ni prudente ni humano castigar con demasiada severidad. Este grave magistrado los apaciguó, así por la audacia que tuvo para hacerles frente, como por la confianza que la multitud, aunque irritada, tenia siempre en él. Un dia, sitiado en una casa, á la cual una multitud enfurecida queria poner fuego, hizo abrir la puerta, se presentó, habló, y se aquietó todo.

MAURY.

El abate Maury era célebre por su elocuencia. Fué miembro de la asamblea constituyente en Francia, y defendia con energía opiniones contrarias á las de la mayoría. En aquella época terrible, sucedió algunas veces que el pueblo amotinado se arrojaba sobre los hombres que creia que eran sus enemigos y los colgaba de los faroles. Es esto lo que se llamaba "poner en la linterna". Pasaba un dia Maury por una calle, un hombre le conoce y esclama: ved al abate Maury. A estas palabras una irritada multitud se agolpa á su derredor, y muy pronto una boca profiere el fatal grito. ¡A la linterna! Maury conserva gran presencia de ánimo é intrepidéz. Y bien, dice con voz tranquila, cuando esté yo en la linterna ¿vereis por eso vosotros con mas claridad? Estas espresiones que parecieron una chanza, pero que realmente eran sábias, desarmaron la furia de aquellos hombres frenéticos y el orador debió su vida á su valor y sabiduría.

FABERT.

Fabert, célebre general francés, preparándose para poner sitio á una ciudad, enseñaba á sus oficiales los puntos esteriores de la plaza y señalaba con el dedo el lugar en que era menester colocar una batería. Llévale una bala el mismo dedo con que señalaba, y no fijando en esto la atencion indica el mismo punto con otro dedo, y añade: Señores, os decia pues, que seria conveniente colocar aquí nuestra primera batería.

LA CONDESA DE SCHWARTZBOURG.

Despues de la batalla de Muhlberg en Sajonia, el ejército de Cárlos V atravesaba por la Turinge: una parte de las tropas pasó por el condado de Schwartzbourg-Rudolstadt. Habia conseguido la condesa del emperador la promesa de que los paisanos de sus dominios no tendrian que sufrir vejacion alguna de parte de sus soldados. Ella se habia comprometido á proporcionar á las tropas imperiales víveres á un precio equitativo, entregándolos cerca del puente del Saale, que debia servir de paso al ejército. Estando este puente en la inmediata vecindad de su residencia en Rudolstadt, tuvo la precaucion de mandarlo destruir y de establecerlo á mayor distancia, con el fin de quitar á sus huéspedes la intencion del pillaje. Los habitantes de las diferentes aldeas que las tropas debian atravesar, obtuvieron de ella el permiso de llevar al castillo de Rudolstadt, lo que poseian de mas precio.

Sin embargo, el duque de Alva, comandante de las tropas españolas y alemanas, se aproximaba á Rudolstadt, con el príncipe de Brunswick y sus dos hijos. Los precedia un correo con el encargo de suplicar á la condesa que los admitiera en su mesa. Contestó ella que recibiria á los gefes lo mejor que pudiera y que contaba con su indulgencia. Al mismo tiempo, no se descuidó en recordar la sal-

vaguardia concedida por el emperador y recomendó de nuevo su observancia.

Pronto llegaron el duque de Alva y sus tres compañeros. Son acogidos con la mejor voluntad. Se ponen á la mesa, pero apenas se habian sentado cuando la condesa es llamada fuera de la sala del festin. Le avisan que los soldados se permitian muchas libertades en las aldeas del país, y que se llevaban el ganado de los labradores. Contrariada por esa falta en lo prometido, pero resuelta y tranquila, hace que tomen las armas los dependientes de su casa y manda cerrar las puertas del castillo. Vuelve en seguida con sus convidados, les echa en cara la mala conducta de sus tropas y el juego que se hace con la palabra del soberano. Le dan sus huéspedes una respuesta burlesca. Tal ha sido siempre, le dicen, el uso de la guerra, y nunca se verificó paso de ejército alguno sin que causen males como estos. ¡Eso lo veremos! dijo entonces la condesa. Que se les haga justicia á estas pobres gentes, ó si no, tomo al cielo por testigo; la sangre de los gefes pagará el precio del ganado! Hizo una señal, la sala se llenó de hombres, que con espada en mano se colocaron detras de las sillas de los convidados.

En vista de esto, el duque de Alva cambia de color, vió que no habia otro partido que tomar sino calmar, á todo precio, el enojo de la condesa. Mandó á toda prisa á sus tropas la órden por escrito de restituir inmediatamente el ganado robado, y solo despues de haber tenido la certeza de que se habia ejecutado la órden, fué cuando la condesa dejó que se marcharan libremente sus cuatro convidados.

GUILLERMO TELL.

Alberto, emperador de Alemania, habia resuelto subyugar á los Suizos y hacer de su país un Estado hereditario para la casa de Austria. Ganó á los hombres mas influentes del país con sus dádivas y sus promesas, y los comprometió á que reconocieran su poder. Hizo despues construir fortalezas en diferentes cantones; envió á ellos gobernadores y les mandó que trataran á los habitantes con la mas estre-

mada severidad, á fin de exitarlos á la resistencia y poder con este pretesto ocupar todo el país por la fuerza. Uno de estos gobernadores llamado Gessler propuesto para los dos cantones de Schwitz y de Urí, uniendo á un insoportable orgullo una crueldad sin límites, creyó que podia tratar á los paisanos como esclavos. Para manifestar todo su desprecio, hizo que pusieran su sombrero en la punta de una pica que se fijó en medio de la plaza pública de Altorf, y mandó que todos los que pasaran por allí, saludaran respetuosamente al sombrero. Obedecieron todos, pero Guillermo Tell, hombre de un valor intrépido y al mismo tiempo de un carácter generoso, pasando por la plaza de Altorf, no quiso someterse á aquella exigencia ridícula, y aparentó no haber visto el sombrero. Furioso Gessler hace que se apoderen de Tell, manda que le lleven á su presencia, y le echa en cara, con vehemencia, lo que él llama rebelion. Guarda Tell silencio; procede entonces el gobernador con una inaudita crueldad. Tenia Guillermo Tell un hijo muy jóven todavía: condena Gessler al desgraciado padre, que era famoso y hábil arquero, á que haga caer, á una distancia de cien pasos, con una flecha, una manzana puesta encima de la cabeza de su hijo. Se estremecieron todos los testigos de esta terrible escena. Traen al niño: hace Tell cuanto puede para desarmar la rábia del tirano, pero todo fué en vano. Jura Gessler hacerlo perecer en el acto, con su hijo si no obedece. Dirije entonces Tell interiormente una fervorosa súplica á Dios, abraza á su hijo, le encarga que no se mueva y permanezca tranquilo; coloca él mismo la manzana sobre su cabeza, se retira en seguida á la distancia que le exijen, prepara su arco, dirije el tiro....parte la flecha! ¡Qué emosiones no exita en el corazon este espectáculo! Dejad de temblar. ¡Cae la manzana y el niño no está herido! ¡Poco tiempo despues murió Gessler y se libertó la Suiza.

PEDRO Y LOS STRELITZ.

El czar Pedro, fundador de la civilizacion de Rusia, dió en un grave peligro el ejemplo de una intrepidez rara.

Los gefes de los Strelitz, milicia indisciplinada y feroz, habian formado contra él un abominable complot. Era su proyecto incendiar la ciudad de Moscow.

Sabian que Pedro seria el primero en ocurrir al incendio y en medio del trastorno y del tumulto ordinario en esta especie de accidentes, era en donde pensaban asesinarlo sin piedad, despues de lo cual matarian á todos los extrangeros que el czar babia llamado para civilizar la Rusia.

Tal fué su infame proyecto. Se acerca ya la hora que han señalado para ejecutarlo; tienen cómplices numerosos, y ningun denunciante. Reunidos en un festin, buscan todos en los licores embriagantes el valor necesario en el momento de una ejecucion tan terrible.

Pero esta embriaguez, lo mismo que todas, tuvo, segun los diversos temperamentos, influencias diferentes. Dos de aquellos miserables perdieron en ella su seguridad, se comunicaron uno á otro ya sean justos remordimientos ó cobardes sobresaltos. En seguida salen con un pretesto especioso, prometen á sus cómplices volver á tiempo y corren hácia el czar á denunciar el complot.

A la media noche es cuando ha de estallar y da Pedro la órden de cercar, precisamente á las once, la casa de los conjurados. Muy pronto, creyendo que habia llegado la hora, va solo á la casa de los foragidos. Entra á ella con confianza, creyendo no encontrar allí mas que criminales temblorosos y encadenados ya por sus guardias. Pero su impaciencia lo hizo anticiparse media hora; se vé, pues, solo y desarmado delante de una reunion libre, atrevida, armada, y en el momento en que acababa de pronunciar el juramento de su esterminio.

Sin embargo, al presentarse de improviso, se levantaron todos llenos de espanto. Pedro, por su parte, comprendiendo todo el peligro y reconociendo que se habia equivocado en la hora, reprime la violencia de sus emosiones. Demasiado avanzado para poder retroceder, no se amedrenta; se adelanta sin titubear hácia la multitud de traidores, los saluda familiarmente, y con una voz tranquila y natural, les dice que, pasando por enfrente de su casa la vió iluminada; que creia que se estaban divirtiendo allí y que habia venido á tomar parte en su alegría. A continuacion se sienta y brinda en union de

aquellos asesinos, que no se pueden escusar de beber en círculo á su salud.

Pero muy pronto se empezaron á ver los unos á los otros; sus demostraciones de inteligencia se multiplican, y aun uno de ellos se inclina ya hácia el oido del gefe del complot, y acaba de decirle en voz baja: ¿es tiempo, hermano? y este, titubeando, acaba de contestar: todavía no. Cuando Pedro que lo oye y escucha por fin los pasos de sus guardias, se lanza de su silla, hace caer á este gefe de un golpe en la cara, y esclama: Si para tí, miserable, aun no es tiempo, para mí sí. Con esto y la vista de los guardias, se apodera el espanto de los conjurados y se dejan encadenar sin resistencia.

LAS TINIEBLAS.

Hay niños que tienen miedo en la oscuridad; tal temor es infundado y es menester saberlo vencer. Cuenta un escritor francés, respecto de esto, una anécdota de su niñez.

Estaba yo en el campo, como pupilo, en casa de un eclesiástico llamado Mr. Lambercier. Tenia por compañero á un primo que era estremadamente miedoso, sobre todo, por la noche. Me burlaba yo tanto de su miedo, que Mr. Lambercier, fastidiado ya de mis burlas, quiso poner á prueba mi valor. Una noche de otoño, que estaba muy oscura, me dió la llave de la iglesia y me dijo que fuera á buscar al púlpito la Biblia que él habia dejado allí, añadiendo, para comprometerme, algunas palabras que me obligaron á no rehusarlo.

Fuí sin luz, y era preciso pasar por el cementerio que atravesé valerosamente.

Al abrir la puerta, oí en la bóveda un cierto ruido que creí se asemejaba á voces humanas, con lo cual comenzó á quebrantarse mi firmeza. Luego que estuvo la puerta abierta quise entrar, pero apenas habia andado algunos pasos cuando me detuve. Percibí la oscuridad profunda que dominaba en aquel vasto lugar, esperimenté un terror que hizo se me erizaran los cabellos; retrocedo, salgo, y echo á huir temblando. Hallé en el patio á un perrito llamado sultan, cu-

yas caricias me tranquilizaron. Avergonzado de mi terror, volví sobre mis pasos, procurando, no obstante, llevar conmigo á sultan, que no quiso seguirme. Pasé bruscamente la puerta, y entré en la iglesia. Apénas habia penetrado en ella cuando me asaltó el terror, pero con tanta violencia, se trastornó mi cabeza, y aunque el púlpito estaba á la derecha, lo que sabia yo muy bien, habiéndome volteado sin advertirlo, lo busqué á la izquierda; me enredé entre los bancos, no sabia en donde estaba y no pudiendo encontrar ni el púlpito ni la puerta, caí en un trastorno inesplicable. Ví por fin la puerta, conseguí salir de la iglesia y me alejé de ella, como la primera vez, decidido á no volver jamás á entrar solo, sino durante el dia claro.

Volví hasta la casa; casi al entrar distinguí la voz de Mr. Lambercier, así como tambien sus grandes carcajadas de risa. Desde luego creí que eran por mí, y confuso por verme espuesto á ellas, vacilé en abrir la puerta. Entretanto advierto que la Sra. Lambercier, compadeciéndose de mí, decia á la criada que tomara la linterna, á tiempo que Mr. Lambercier se preparaba para irme á buscar, escoltado de mi intrépido primo, á quien despues se habria dejado el honor de la espedicion. Cesa en el momento todo mi terror y no me queda otro temor que el de ser sorprendido en mi fuga. Corro, vuelo á la iglesia; sin estraviarme, sin andar tentaleando, llego al púlpito, subo á él, tomo la biblia y desciendo; en tres brincos estuve fuera del templo, cuya puerta aun se me olvidó cerrar: entro en la asistencia sin aliento y pongo la biblia sobre la mesa, azorado, pero palpitando de contento por haber hecho innecesario el socorro que se me preparaba.

---

§ VIII.

Perseverancia.

La perseverancia, es decir, la constancia en proseguir aquello que se ha comenzado, es una excelente cualidad cuando se aplica á cosas útiles y justas. La perseverancia es sola la que proporciona á los talentos la gloria y á las virtudes la corona. No al que ha comenzado, sino al que ha perseverado hasta el fin, es á quien está reservado el buen éxito.

La perseverancia lo consigue todo.

Ayúdate y Dios te ayudará. (Varios autores.)

PALISSY.

Bernardo Palissy, nacido en 1500, fué un ejemplo de lo que puede una voluntad firme y perseverante. Nacido de padres pobres, que apenas pudieron hacerle dar algunas lecciones de lectura, de escritura y agrimensura, él solo aprendió el dibujo y se hizo muy hábil en este arte. Con el producto de algunos trabajos de agrimensura y de pintura, visitó para instruirse una gran parte de la Francia. Tenia ya cerca de cuarenta años y estaba establecido en Saintés, cuando habiendo visto una magnífica copa esmaltada, se resolvió á buscar el secreto de la composicion del esmalte; secreto conocido entonces únicamente de algunos artistas italianos, que se servian de él para hacer hermosas